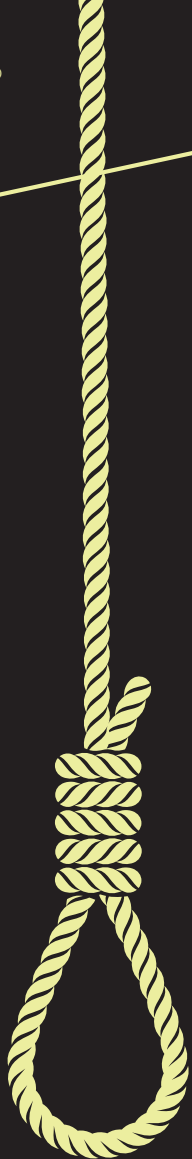


Agatha Christie®

LOS
CUATRO
GRANDES



HÉRCULES POIROT
y los cuatro criminales
más peligrosos del mundo

AGATHA CRISTIE
LOS CUATRO GRANDES

Traducción de A. Soler Crespo



The Big Four Copyright © 1927 Agatha Christie Limited.
Todos los derechos reservados.

El logo del monograma AC y el icono de POIROT son marcas comerciales y AGATHA CHRISTIE, POIROT y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited.
Usados con permiso.
Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie®

Traducción de A. Soler Crespo

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, S. L. U., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C

Primera edición: junio de 2019
ISBN: 978-84-670-5599-3
Depósito legal: B. 10.888-2019
Composición: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

El huésped inesperado

Conozco gente que lo pasa bien en cualquier travesía del canal de la Mancha, personas que se sientan tranquilamente en una silla de cubierta en la que permanecen hasta que el barco está amarrado, entonces recogen sus bártulos sin apresurarse y luego desembarcan. Reconozco que yo nunca he sido capaz de hacerlo. Desde el momento en que subo a bordo, me parece que el tiempo es demasiado escaso como para dedicarme a algo en particular. Traslado mis maletas de un sitio a otro y, si voy al comedor a tomar alguna cosa, engullo lo que sea con una inquieta sensación de que el barco puede atracar inesperadamente mientras como. Puede que todo ello sea tan sólo un legado de lo que experimenté en los cortos permisos de los que disfruté durante la guerra, cuando asegurarse un sitio cerca de la pasarela parecía un asunto de vida o muerte, y encontrarse entre los primeros que desembarcaban representaba ganar unos minutos preciosos en los tres o cinco días que duraba la licencia.

Aquella mañana de julio, mientras estaba en cubierta y veía acercarse los blancos acantilados de Dover, me maravillé de los pasajeros que podían seguir sentados

tan tranquilos, sin alzar siquiera los ojos para echar el primer vistazo a su tierra natal. Tal vez su caso fuera diferente del mío. Sin duda, muchos de ellos habían ido a París a disfrutar del fin de semana, mientras que yo había pasado el último año y medio en una finca en Argentina. Allí prosperé, y mi esposa y yo disfrutamos del estilo de vida cómodo y tranquilo, típico del continente sudamericano. Sentía que se me hacía un nudo en la garganta al ver la costa de mi patria cada vez más cerca.

Dos días antes había desembarcado en Francia, atendí allí algunos asuntos y ahora me dirigía a Londres, donde permanecería durante unos cuantos meses, tiempo suficiente para renovar viejas amistades, y una en particular: un hombre pequeño con cabeza de huevo y ojos verdes, ¡Hércules Poirot! Me proponía darle una buena sorpresa. La última carta que le escribí desde Argentina no contenía ninguna referencia sobre mi viaje, pues en realidad lo decidí precipitadamente, debido a ciertas complicaciones en mis negocios. Me regocijaba por anticipado al imaginarme la alegría y estupefacción que Poirot sentiría al verme.

Yo esperaba que no se encontrara muy lejos de su cuartel general, pues ya habían pasado los tiempos en que sus casos le llevaban a recorrer Inglaterra de un extremo a otro. Ahora era famoso y no permitía que un solo asunto le absorbiera por completo. A medida que pasaban los años, se afianzaba en su objetivo de que se le considerara como un «consultor», al estilo de un médico especialista de Harley Street. Siempre se había burlado de la idea popular del sabueso humano, que se disfraza para perseguir criminales y mide todas las huellas que encuentra.

«No, amigo Hastings —me decía—, eso dejémoslo para Giraud y sus amigos. Los métodos de Hércules Poirot son únicos. Orden, método y “las pequeñas células grises”. Sentados en un cómodo sillón, vemos cosas que los demás pasan por alto y no llegamos a sacar falsas conclusiones como nuestro buen amigo Japp.»

No, no era probable que Hércules Poirot se encontrara muy lejos. Cuando llegué a Londres, dejé mi equipaje en un hotel y me encaminé directamente a mi antiguo domicilio. ¡Qué recuerdos tan entrañables me trajo a la memoria! Saludé a mi vieja casera y, después, subí los escalones de dos en dos y llamé a la puerta de Poirot.

—¡Pase! —gritó una voz harto conocida.

Abrí la puerta y ante mí estaba Hércules Poirot. Llevaba en la mano un maletín que dejó caer con gran estrépito al verme.

—¡*Mon ami* Hastings! —exclamó—. ¡*Mon ami* Hastings!

Corrió hacia mí y me estrechó en un fuerte abrazo. Nuestra conversación fue incoherente y caótica. Exclamaciones, ávidas preguntas, contestaciones incompletas, saludos de mi mujer y explicaciones sobre mi viaje se mezclaron sin ton ni son.

—¿No estarán ocupadas mis antiguas habitaciones? —pregunté al fin cuando nos calmamos un poco—. Me gustaría instalarme aquí de nuevo con usted.

La expresión de Poirot cambió con sorprendente rapidez.

—*Mon Dieu! Quelle chance épouvantable!* Mire a su alrededor, amigo mío.

Me fijé por primera vez en lo que me rodeaba. Junto a la pared había un gran baúl de aspecto prehistórico y,

a su lado, yacían varias maletas, ordenadas según su tamaño, de mayor a menor. La deducción era lógica.

—¿Se marcha usted?

—Sí.

—¿Adónde?

—A Sudamérica.

—¿Cómo?

—Sí. Es ridículo, ¿verdad? Voy a Río de Janeiro, y cada día me decía a mí mismo que no se lo mencionaría en mis cartas, pues..., ¡oh, qué sorpresa se llevará mi querido Hastings cuando me vea!

—¿Y cuándo se va?

Poirot miró su reloj.

—Dentro de una hora.

—Creo recordar haberle oído decir que nada en el mundo le obligaría a realizar una travesía marítima tan larga.

Poirot cerró los ojos y se estremeció.

—No me lo recuerde, amigo mío. Mi médico asegura que nadie se muere por una cosa así y, además, será una sola vez, porque no regresaré nunca más.

Me empujó hacia una silla.

—Siéntese. Le voy a contar por qué he tomado esta decisión. ¿Sabe usted quién es el hombre más rico del mundo, más rico incluso que Rockefeller? Es Abe Ryland.

—¿El norteamericano a quien llaman «El rey del jabón»?

—Exactamente. Vino a verme uno de sus secretarios. Al parecer, se ha producido un lío bastante considerable, relacionado con una gran compañía en Río de Janeiro. Quería que me encargara de investigar el asunto

sobre el terreno. Rehusé. Le dije que, si me exponía los hechos, le daría mi opinión de experto. Pero me replicó que no podía hacerlo. Sólo me darían toda la información cuando llegara allí. Normalmente, eso hubiera dado por concluido el tema, pues es toda una impertinencia imponer condiciones a Hércules Poirot. Pero la suma que me han ofrecido ha sido de tal magnitud que, por primera vez en mi vida, el dinero me ha tentado. ¡Una fortuna! Además, había una segunda tentación: usted, amigo mío. Durante este año y medio he sido un viejo muy solitario. Pensé: «¿Por qué no?». Empiezo a cansarme de resolver esta serie interminable de problemas tontos. Ya tengo suficiente fama. Aceptaré ese dinero e iré a establecerme en algún lugar cerca de mi amigo.

Me conmovió aquella demostración de afecto.

—Así es que acepté —prosiguió— y, dentro de una hora, tengo que coger el tren que enlaza con el barco. Es una de las pequeñas ironías de la vida, ¿verdad? Pero debo reconocer, Hastings, que de no haber sido tan enorme la cantidad de dinero que me han ofrecido, tenía otro motivo para rehusar, pues precisamente acababa de iniciar una investigación por mi cuenta. Dígame, ¿qué se acostumbra a entender por «los Cuatro Grandes»?

—Supongo que tuvo su origen en la Conferencia de Versalles, y también tenemos a los famosos «Cuatro Grandes» del cine, y la expresión se aplica a cientos de personas de menor importancia.

—Comprendo —dijo Poirot con aire pensativo—. Me he encontrado con la expresión, ¿sabe usted?, en determinadas circunstancias en las que no encaja con ninguna de esas explicaciones. Por lo visto, se refiere a una

banda internacional de criminales o algo por el estilo. Sólo que...

—¿Qué? —pregunté al ver que titubeaba.

—Sólo que me imagino que se trata de algo a gran escala. Es una pequeña idea mía, nada más. Ahora debo terminar de hacer el equipaje. El tiempo vuela.

—No se vaya —le rogué—. Anule su pasaje y sáque-lo para mi barco.

Poirot se irguió y me dirigió una mirada de reproche.

—¡Usted no lo ha comprendido! He dado mi palabra, ¿sabe? La palabra de Hércules Poirot. Nada, salvo un asunto de vida o muerte, podría detenerme ahora.

—Y no es probable que eso ocurra, a no ser que, como en las novelas de intriga, en el último minuto «se abra la puerta y entre el huésped inesperado».

Al acabar de decirlo ambos nos miramos sobresaltados, porque oímos un ruido en la habitación contigua.

—¿Qué ha sido eso? —exclamé.

—*Ma foi!* —replicó Poirot—. Parece que su «huésped inesperado» está en mi dormitorio.

—Pero ¿cómo puede haber alguien ahí dentro si no hay otra puerta que la de esta habitación?

—Su memoria es excelente, Hastings. Pasemos a las deducciones.

—¡La ventana! Entonces ¿es que se trata de un ladrón? Tiene que haberle sido muy difícil trepar hasta aquí, incluso aseguraría que eso es imposible.

Me había levantado y me dirigía a la puerta del dormitorio cuando me detuve al ver que alguien movía el pomo desde el otro lado.

La puerta se abrió poco a poco. En el umbral apareció un hombre. Iba cubierto de barro de los pies a la ca-

beza; su cara era delgada y de aspecto exhausto. Nos miró fijamente durante un momento y luego se tambaleó y cayó cuan largo era.

Poirot corrió a su lado y, al instante, me ordenó:

—Coñac..., ¡rápido!

Vertí un poco de licor en un vaso y se lo llevé. Mi amigo consiguió que el hombre bebiera un trago y, después, entre los dos lo trasladamos al sofá. Al cabo de unos minutos, abrió los ojos y miró a su alrededor con expresión aturdida.

—¿Qué quiere usted, monsieur? —le preguntó Poirot.

El hombre abrió los labios y dijo como un autómeta:

—Monsieur Hércules Poirot, Farroway Street, 14.

—Sí, sí. Ése soy yo.

El otro pareció no entenderle y se limitó a repetir con el mismo tono:

—Monsieur Hércules Poirot, Farroway Street, 14.

Poirot le hizo varias preguntas. El hombre en algunas ocasiones no contestó y, en otras, repitió la misma frase. Mi amigo me señaló el teléfono.

—Llame al doctor Ridgeway.

Afortunadamente, el médico estaba en casa y, como vive justo al volver la esquina, sólo transcurrieron unos pocos minutos antes de que entrara en la habitación.

—¿Qué ocurre aquí?

Poirot le dio una breve explicación y el médico empezó a reconocer a nuestro extraño visitante, que parecía no darse cuenta de la presencia de Ridgeway ni de la nuestra.

—¡Hum! —exclamó éste cuando terminó—. Es un caso curioso.

—¿Fiebre cerebral? —sugerí.

El médico soltó una exclamación cargada de desprecio. —¡Fiebre cerebral! ¡Fiebre cerebral! No existe tal cosa. Es una invención de los novelistas. Este hombre sufre un shock muy severo. Ha llegado hasta aquí empujado por la fuerza de una idea persistente: encontrar a monsieur Hércules Poirot, Farroway Street, 14, y repite de forma mecánica esas palabras sin saber en absoluto qué significan.

—¿Afasia? —volví a sugerir ansioso.

Esta sugerencia no provocó en el médico tanto desprecio como la anterior. No me respondió, pero le dio al hombre una hoja de papel y un lápiz.

—Veamos qué hace con esto.

El hombre no hizo nada durante unos instantes. Pero luego, de pronto, empezó a escribir febrilmente, hasta que con la misma presteza se detuvo y dejó caer al suelo el lápiz y el papel. El médico los recogió y sacudió la cabeza.

—Aquí no hay nada. Sólo el número cuatro garrapateado una docena de veces, cada número de un tamaño mayor que el anterior. Supongo que querría escribir el número 14 de Farroway Street. Es un caso muy interesante..., muy interesante. ¿Podría usted retenerle aquí hasta esta tarde? Debo ir al hospital, pero volveré luego y me ocuparé de tomar las medidas necesarias. Es un caso demasiado interesante como para dejarlo escapar.

Le expliqué entonces la inminente marcha de Poirot y que me proponía acompañarle hasta Southampton.

—No se preocupen. Dejen a este hombre aquí, no creo que le pase nada malo. Está agotado. Probablemente dormirá durante ocho horas seguidas. Hablaré con su patrona y le diré que le eche un vistazo de vez en cuando.

Ridgeway se marchó con su celeridad habitual. Poirot se afanó en completar su equipaje, sin perder de vista el reloj.

—El tiempo pasa con una rapidez increíble. Vamos, Hastings, ahora no puede decir que le dejo sin nada que hacer. Es un problema de los más sensacionales. El hombre que viene de lo desconocido. ¿Quién es? ¿Qué es? ¡Ah, *sapristri*, daría dos años de mi vida porque ese barco saliera mañana en lugar de hoy! Aquí hay algo muy curioso, muy interesante. Pero, para investigarlo, se necesita tiempo. Pueden pasar días, semanas, quizá meses, antes de que sea capaz de contarnos lo que ha venido a decirme.

—Haré todo lo que pueda, Poirot —aseguré—. Procuraré ser un sustituto eficiente.

—Por supuesto.

Noté una sombra de duda en la respuesta. Cogí la hoja de papel.

—Si tuviera que escribir una novela —comenté alegremente—, relacionaría estos números con lo que me ha contado usted antes, y la titularía *El misterio de los Cuatro Grandes*.

Señalé los números escritos a lápiz.

Entonces di un respingo, pues el desconocido despertó súbitamente de su estupor, se irguió y dijo con voz clara y distinta:

—Li Chang Yen.

Su aspecto era el de un hombre que acababa de salir de un profundo sueño. Poirot me indicó por señas que no hablara. Nuestro visitante prosiguió. Habló con un tono alto y claro, y su enunciación me recordó a la de alguien que cita un texto.

—A Li Chang Yen se le puede considerar el cerebro de los Cuatro Grandes. Es la fuerza que los controla y motiva. Le he designado, por tanto, con el Número Uno. Raramente se menciona por su nombre al Número Dos; se le representa por medio de una S cruzada con dos rayas, o sea, el signo del dólar, y también por dos barras y una estrella. Puede presumirse, en consecuencia, que se trata de un ciudadano norteamericano y que representa el poder del dinero. No parece existir ninguna duda de que el Número Tres es una mujer, de nacionalidad francesa; tal vez sea una de las sirenas de los bajos fondos, pero nada se sabe con seguridad. El Número Cuatro...

Su voz vaciló. Poirot se inclinó hacia delante.

—Sí —le animó con vehemencia—. ¿El Número Cuatro?

Poirot tenía los ojos fijos en la cara del hombre, que parecía sobrecogido por un terror insuperable. Las facciones se le crispaban y retorcían.

—El Destructor —musitó el desconocido y, con una fuerte convulsión final, cayó desmayado hacia atrás.

—*Mon Dieu!* —profirió Poirot—. Por lo tanto, yo tenía razón.

—¿Cree usted...?

Me interrumpió.

—Llévele a mi cama. No debo perder un minuto si quiero coger el tren. Aunque no desee alcanzarlo. ¡Lo perdería sin el menor remordimiento! Pero di mi palabra. ¡Vamos, Hastings!

Dejamos al misterioso desconocido al cuidado de la señora Pearson y salimos disparados. No perdimos el tren por unos segundos. Poirot se mostró alternativa-

mente silencioso y locuaz. En ocasiones, miraba por la ventanilla como si estuviera soñando, sin que, al parecer, oyera ni una palabra de las que le dirigía. Luego, animándose de pronto, me abrumaba con órdenes y mandatos, insistiendo sobre la necesidad de que le cablegraficara con frecuencia.

Permanecimos largo rato silenciosos, justo después de pasar por Woking. El tren, desde luego, no debía detenerse hasta Southampton; pero entonces se dio la circunstancia de que tuvo que parar ante una señal.

—*Ah, sacrées mille tonnerres!* —exclamó de repente mi amigo—. He sido un imbécil. Por fin lo veo claro. No hay duda de que el cielo ha detenido este tren. ¡Salte, Hastings, salte le digo!

En un abrir y cerrar de ojos, abrió la portezuela del coche y saltó a la vía.

—Écheme las maletas y apéese.

Le obedecí con el tiempo justo. En el mismo momento en que aterricé junto a él, el tren empezó a moverse.

—Y, ahora, Poirot —dije con cierto enojo—, tal vez me diga qué significa todo esto.

—Significa, amigo mío, que he visto la luz.

—Lo cual me ilumina por completo respecto al particular.

—Debería ser así, pero mucho me temo que no lo sea. Si puede usted llevar esas dos maletas, creo que seré capaz de arreglármelas con las restantes.